

Habitar la ciudad para mí, va más allá de vivir entre edificios o calles. Es formar parte de una vida dinámica en el que tanto las personas como el entorno urbano influyen mutuamente y de forma constante. Puesto que impactamos a la ciudad, pero a la misma vez la ciudad nos influye de formas que a veces ni notamos.

Por una parte, nuestras acciones o estilos de vida afectan de manera directa el espacio urbano. El simple hecho de elegir un lugar para vivir o ir a un determinado comercio, contribuye a la manera en la que la ciudad evoluciona. Así como el uso del coche o el deseo de vivir en ciertas zonas termina creando cambios en infraestructura o en la organización de barrios. A fin de cuentas, las pequeñas decisiones cotidianas en cada persona sumadas, modelan el crecimiento o la decadencia de distintas partes de la ciudad.



Por otra parte, la ciudad también nos afecta directamente. La forma en que está diseñada influye en como vivimos. No es lo mismo pasear por una calle vibrante y llena de vida en comparación con espacios desolados o mal iluminados. El tipo de espacios que nos ofrece fomenta que conectemos con otras personas o aislarnos. Un ejemplo más cercano es, si vivo en una zona con fácil acceso a transporte público, parques u ocio, mi rutina cambia, así como mis prioridades e incluso mi bienestar mental. Una buena planificación urbana nos incita a ser activos y sociales, al igual que nos puede limitar si está mal planificada.

En definitiva, el constante intercambio con la ciudad me lleva a reflexionar sobre mi futura responsabilidad como arquitecto, así como el poder crear espacios que fomenten una relación saludable entre las personas y el entorno urbano.